

—¿Te parece?

—¡Vaya!

¿Qué extraña necesidad le movió de repente á contar á aquella criada de cervecería lo de la herencia de Juan? ¿Por qué esta idea, que desechaba cuando se veía solo por miedo á los sentimientos que despertaba en su alma, se le ocurrió en aquel momento, y la dejó correr libremente, como si necesitara desahogar su corazón lleno de amargura?

—No tiene poca suerte mi hermano—dijo cruzando las piernas;—acaba de heredar veinte mil francos de renta.

Ella abrió desmesuradamente sus grandes ojos azules llenos de codicia.

—¿Quién le ha dejado eso, su abuela ó su tía?

—No, un amigo de mis padres.

—¿Nada más que un amigo? ¡es imposible! Y á ti, ¿no te ha dejado nada?

—No. Yo le trataba poco.

La muchacha meditó algunos momentos, y dijo con sonrisa picaresca:

—¡No es poca suerte tener esos amigos! Ya no extraño que os parezcáis tan poco.

Pedro sintió impulsos de arañarla sin saber por qué, y preguntó con la boca crispada:

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Que tiene más fortuna que tú—contestó ella ingenuamente.

Pedro tiró un franco encima de la mesa y salió, repitiendo esta frase que se le había grabado en la memoria: “Ya no extraño que os parezcáis tan poco.”

¿Qué había pensado? ¿qué había sobrentendido al decir estas palabras? Seguramente una malicia, una maldad; una infamia. Sí, aquella mujer había creído que Juan era hijo de Marechal.

La emoción que le produjo esta sos-

pecha que ofendía á su madre fué tan violenta, que se detuvo y buscó con la vista un sitio en que sentarse.

A pocos pasos había otro café. Entró, se sentó y dijo á uno de los mozos: "Un bock,,.

Sentía latir su corazón, y su cuerpo se agitaba con estremecimientos convulsivos. De repente recordó que Marrowsko le había dicho la víspera: "Eso no hará buen efecto,,. ¿Había tenido la misma idea, la misma sospecha que aquella bribona?

Con la cabeza baja miraba la blanca espuma de la cerveza burbujear y desvanecerse, y se preguntaba: "¿Es posible que se crea semejante cosa?,,

Sin embargo, las razones que debían originar en los espíritus esa odiosa sospecha se le ocurrían entonces claras, evidentes, abrumadoras. Que un solterón sin herederos deje su fortuna á los dos hijos de un amigo, no tiene nada de particular; pero que la

deje toda á uno solo de ellos, es cosa que llama la atención y acaba por provocar sonrisas. ¿Cómo Marechal no había previsto esto? ¿cómo no lo había sentido su padre? ¿cómo su madre no lo había adivinado? No; habían sido demasiado felices con aquel dinero inesperado para que se les ocurriese esta idea. Y además, ¿cómo podían pensar en semejante ignominia personas tan honradas?

Pero el público, el vecino, el tendero, el proveedor, todos los que los conocían, ¿no era natural que repitieran esta idea abominable y acabaran por admitirla y burlarse de su padre y despreciar á su madre?

La observación hecha por la criada de la cervecería de que Juan era rubio y él moreno, que no se parecían ni en la cara, ni en la figura, ni en el aire, ni en la inteligencia, llamaría la atención, y cuando se hablara de los hijos de Roland se preguntarían:

“¿Cuál, el verdadero ó el supuesto?,”

Se levantó resuelto á prevenir á su hermano y ponerle en guardia contra el horrible peligro que amenazaba el honor de su madre. Pero ¿qué haría Juan? Seguramente lo más sencillo sería renunciar la herencia, que iría á parar á los pobres, y decir á los amigos y conocidos enterados de este legado que el testamento contenía cláusulas y condiciones inadmisibles que hubieran hecho de Juan, no un heredero, sino un depositario.

Al entrar en la casa paterna pensaba que debía ver á Juan á solas, para no hablar delante de sus padres de semejante asunto.

Desde la puerta oyó gran ruido de voces y risas en la sala, y al entrar vió á la señora de Rosemilly y al capitán Beausire, á quienes su padre había convidado á comer para solemnizar el fausto acontecimiento.

Habían mandado llevar vermouthe

y ajeno para abrir el apetito, y todos estaban de buen humor. El capitán Beausire, un hombre pequeño y redondo á fuerza de haber rodado sobre el mar, cuyas ideas parecían también redondas, que reía á carcajadas y creía que la vida era cosa excelente, en la que no hay nada que no sea aceptable, trincaba con Roland, mientras Juan servía licor á las damas.

La señora de Rosemilly se negaba á tomar la segunda copa, y el capitán Beausire, que había conocido á su esposo, la decía:

—Vamos, vamos, señora, *bis repetita placent*, como decimos en *patois*, lo que significa: “Dos vermouthes no hacen nunca daño.” Yo, desde que no navego, me administro todos los días antes de comer dos ó tres balances artificiales. Añado una arfada después del café, y tengo mar gruesa para toda la noche. No llevo nunca

hasta el temporal por temor á las averías.

Roland, cuya monomanía náutica se excitaba oyendo al marino, reía de todo corazón, con la cara ya roja y la vista turbada por el ajenjo. Tenía un gran vientre de tendero, nada más que un vientre donde parecía haberse refugiado el resto de su cuerpo; uno de esos vientres hinchados de los hombres que están sentados siempre, que no tienen ya ni piernas, ni pecho, ni brazos, ni cuello, como si el asiento de su silla hubiese llevado toda su materia al mismo sitio.

Beausire, al contrario, aunque grueso y pequeño, parecía lleno como un huevo y duro como una bala.

La señora de Roland no había aún vaciado su primera copa, y encarnada de felicidad contemplaba con sus ojos brillantes á su hijo Juan.

En éste se había producido la crisis de la dicha. Aquello era negocio

concluido, estaba firmado y tenía veinte mil francos de renta. En su modo de reír, de hablar, de mirar; en sus maneras más desenvueltas, en su mayor seguridad, se advertía el aplomo que da el dinero.

Cuando fueron á comer, Roland quiso dar el brazo á la señora de Rosemilly, pero su mujer se opuso diciendo: "No, no, hoy todo es para Juan,,.

En la mesa había un lujo inusitado; delante del plato de Juan, que ocupaba el sitio de su padre, había un enorme ramo, rodeado de cuatro compoteras, que contenían: la primera una pirámide de albaricoques magníficos; la segunda un pastel monumental relleno de crema y cubierto de campanillas de azúcar, una catedral de bizcocho; la tercera ruedas de piña nadando en almíbar claro, y la cuarta, lujo insólito, uvas negras procedentes de los países cálidos.

—¡Diablo!—dijo Pedro sentándose—celebramos el advenimiento de Juan el Rico.

Después de la sopa se sirvió Madera, y todos hablaban ya á un tiempo. Beausire contaba una comida que le había dado en Santo Domingo un general negro. Roland le escuchaba, procurando deslizar entre sus frases el relato de otro banquete dado por uno de sus amigos en Meudón, á consecuencia del cual todos los convidados habían estado quince días enfermos. La señora de Rosemilly, Juan y su madre proyectaban una excursión y un almuerzo en Saint-Jouin, de los que se prometían maravillas; y Pedro sentía no haber comido solo en un figón de la orilla del mar, para evitar todo aquel ruido, aquella alegría y aquellas risas que le mortificaban.

Pensaba en el medio de que debía valerse para participar á su hermano sus temores y hacerle renunciar una

fortuna ya aceptada, con la cual gozaba y se embriagaba de antemano. Esto sería duro para él, ciertamente, pero era necesario; no podía vacilar, la reputación de su madre estaba amenazada.

La aparición de un enorme barbo llevó á Roland á hablar de pesca. Beausire contó lances sorprendentes ocurridos en Gabón, en Santa María de Madagascar y sobre todo en las costas de la China y del Japón, donde los pescados tienen formas extrañas como los habitantes. Describía las figuras de estos peces, sus grandes ojos dorados, sus vientres azules ó encarnados, sus aletas parecidas á abanicos, sus colas cortadas en forma de media luna y sus gritos tan raros que hacían reír á los que los escuchaban.

Sólo Pedro parecía incrédulo, y murmuraba: “Bien dicen que los normandos son los gascones del Norte.”

Después del pescado se presentó

un *vol-au-vent*, luego un ave asada, ensalada, judías verdes y un pastel de codornices de Pithiviers. La buena de la señora de Rosemilly ayudaba al servicio y la alegría aumentaba con el número de copas de vino. Cuando saltó el tapón de la primera botella de Champagne, Roland, muy excitado, imitó con la boca el taponazo y dijo:

—Más vale esto que un tiro.

Pedro, cada vez más contrariado, replicó:

—Y sin embargo, para ti puede ser más peligroso.

Roland, que iba á beber, dejó la copa encima de la mesa y preguntó:

—¿Por qué?

Hacia algún tiempo que se quejaba de pesadez, de vértigos, de males-tar constante é inexplicable. El doctor contestó:

—Porque la bala de la pistola puede muy bien pasar á tu lado, mien-

tras que la copa de vino entra necesariamente en tu cuerpo.

—¿Y qué?

—Y abrasa el estómago, desorganiza el sistema nervioso, entorpece la circulación y prepara la apoplejía de que están amenazados los hombres de tu temperamento.

La embriaguez creciente del antiguo joyero parecía disipada como por un soplo de viento, y miraba fijamente y con inquietud á su hijo, tratando de comprender si se burlaba.

Pero Beausire exclamó:

—Estos diablos de médicos siempre son los mismos: no comas, no bebas, no ames, no bailes; todo eso perjudica á la salud. Pues bien; yo lo he hecho todo, en todas las partes del mundo y hasta que no he podido más, y estoy perfectamente.

Pedro respondió con acritud:

—En primer lugar, capitán, Ud. es más fuerte que mi padre; y además

todos los que viven alegremente dicen lo mismo, hasta que llega un día en que... no vuelven al día siguiente á decir al médico prudente: "Tenía usted razón, doctor,,". Cuando veo hacer á mi padre lo que es más perjudicial y peligroso para él, es muy natural que se lo advierta. Sería un mal hijo si no lo hiciera.

La señora de Roland, desolada, intervino á su vez:

—Vamos, Pedro, ¿qué tienes? Por una vez no le hará daño. Piensa en la fiesta que es hoy para él y para todos. Vas á aguar su satisfacción y la nuestra. No haces bien.

Pedro murmuró encogiéndose de hombros:

—Que haga lo que quiera: ya le he avisado.

Pero Roland no bebía. Miraba su copa llena de vino hirviente y claro, cuyo alcohol embriagador subía desde el fondo en pequeñas burbujas para

evaporarse en la superficie; la miraba con una desconfianza de zorro que encuentra una gallina muerta y teme un lazo.

—¿Pero crees que me hará daño?— preguntó vacilando.

Pedro sintió remordimientos por hacer sufrir á los demás á causa de su mal humor, y dijo:

—No; por una vez puedes beberlo, pero no abuses y no te acostumbres.

Entonces Roland levantó su copa sin decidirse aún á llevarla á la boca. La contemplaba dolorosamente, con deseo y con temor; después la olió, la probó, la bebió á sorbitos, saboreándola, con el corazón lleno de angustia, de debilidad, de gula, y después de beber la última gota, de arrepentimiento.

Pedro entonces encontró fija y dura la mirada de la señora de Rosemilly. Sintió, penetró, adivinó el pensamiento que animaba aquella mirada de una mujer de espíritu recto y sencillo,

que parecía decirle: "Tienes envidia, y eso es vergonzoso,,."

Bajó la cabeza y se puso á comer.

No tenía gana, todo le parecía malo. Sentía deseos de marcharse, para no oír las risas, ni las bromas, ni la charla de aquella gente.

Roland, á quien empezaban á perturbar los vapores del vino, olvidaba ya los consejos de su hijo, y miraba á hurtadillas una botella de Champagne, medio llena, que estaba cerca de él. No se atrevía á tocarla por miedo á incurrir en una nueva amonestación, y pensaba de qué medio se valdría para apoderarse de ella sin que Pedro lo notara. Se le ocurrió un ardid, el más sencillo de todos, que fué cogerla con naturalidad y extender el brazo por encima de la mesa para llenar la copa del doctor que estaba vacía: luego fué llenando las otras copas, y al llegar á la suya se puso á hablar en alta voz, y si vertió algo se hubiera podido ju-

rar que lo hacía inadvertidamente. Por otra parte, nadie reparó en ello.

Pedro bebía mucho sin pensarlo. Nervioso y disgustado, á cada momento tomaba y llevaba á sus labios, sin darse cuenta de lo que hacía, la larga copa de cristal llena del líquido animado y transparente, que bebía muy despacio para sentir en la lengua la picazón azucarada del gas evaporado.

Poco á poco invadía su cuerpo un calor dulce, que partiendo del estómago, que parecía ser el foco, subía al pecho y se esparcía por todo su cuerpo, llevando como una ola tibia y bienhechora de alegría. Se sentía mejor, menos impaciente y menos descontento; y su resolución de hablar á su hermano aquella misma tarde se quebrantaba, no porque hubiera renunciado á ello, sino por no turbar tan pronto el bienestar que experimentaba Juan.

Beausire se levantó para brindar.

Después de saludar á todos, dijo:

—Gracias señoras, amables caballeros: estamos reunidos para celebrar un acontecimiento feliz que afecta á uno de nuestros amigos. Antes se decía que la fortuna era ciega; yo creo que no era más que miope, y que ahora ha hecho uso de unos excelentes gemelos marinos que le han permitido distinguir en el puerto del Havre al hijo de nuestro buen camarada Roland, capitán de la *Perla*.

Todos prorrumpieron en bravos y aplausos.

Roland se levantó para contestar.

Después de haber tosido, porque sentía la garganta pastosa y la lengua torpe, balbuceó:

—Gracias, capitán, gracias por mí y por mi hijo. No olvidaré jamás la conducta de Ud. en esta ocasión. Brindo por Ud., y porque se realicen todos sus deseos.

Tenia los ojos y la nariz llenos de

lágrimas, y se sentó porque no se le ocurría nada más que decir.

Juan que no podía contener la risa, tomó á su vez la palabra.

—Yo soy—dijo—quien debe dar las gracias á los amigos leales, á los excelentes amigos (y miraba á la señora de Rosemilly) que me dan hoy esta prueba elocuente de afecto. Pero no es con simples palabras como debo expresar mi agradecimiento. Yo lo probaré mañana, siempre, en todos los instantes de mi vida, porque nuestra amistad no es de las que pasan.

Su madre, muy conmovida, replicó:

—Muy bien, hijo mío.

Entonces exclamó Beausire:

—Vamos, señora de Rosemilly, brinde Ud. en nombre del bello sexo.

La aludida levantó su copa, y con voz agradable en que había un dejo de tristeza, dijo:

—Brindo por la memoria bendita del señor de Marechal.

Hubo algunos minutos de calma, de recogimiento decente, como después de una oración, y Beausire, que siempre estaba pronto á decir una galantería, exclamó:

—No hay como las mujeres para que se les ocurran esas delicadezas.

Luego, volviéndose á Roland, dijo:

—Y en suma, ¿quién era ese Marechal? Serían Uds. muy amigos...

El viejo, enternecido por la embriaguez, contestó llorando:

—Un hermano... sépalo Ud... de lo que no se encuentra... no nos separábamos nunca... comía en casa todos los días... y muchas veces nos convidaba al teatro... No digo más... no digo más... Un amigo, un verdadero amigo... ¿no es verdad, Luisa?

Su mujer contestó simplemente:

—Sí, era un buen amigo.

Pedro miraba á su padre y á su madre, y habiendo cambiado la conversación siguió bebiendo.

El resto de la tarde no le dejó ningún recuerdo. Se tomó café, se bebieron licores, se habló mucho y se rió no poco. A media noche fué á acostarse con la imaginación adormecida y la cabeza pesada, y durmió como un bruto hasta las nueve de la mañana.

---